

de condición por todo extremo alicativa; es que modo est un-  
mant generalis conditio alicativa est califica por el sumo --  
Pontífice Pío X, felicemente reinante, en su primera Encíclica, la  
que ha alcanzado en estos últimos tiempos el género humano; y de  
fintiendo el latido gravísimo que le aguda, lo habla en las --  
siguientes palabras: Defecto abascais a Dco, la defeción --  
de Dios, con quien debe estar unido por razones infinitamente --  
más poderosas que las que unen a la obra con el artífice, al ra-  
yo de la luz con el foco de donde parte; y una defeción tal que  
lo separa violentamente y como que lo arranca de Dios.

"De aquí viene, prosigue el mismo Pontífice, que se haya exis-  
guía en muchos la reverencia debida a Dios eterno, y que en la --  
vida, tanto pública como privada, para nada se atiende al supe-  
mo Numen; y no sólo, sino que con todas las fuerzas y todo el ar-  
tificio posibles se procura que desaparezca el recuerdo y la re-  
cien misma de Dios."

No se ha impugnado, pues, uno u otro punto de la doctrina ca-  
tólica. Si así hubiera sido, vosotros convendría conmigo en que  
el señor Obispo de S. Luis Potosí se hubiera levantado terrible,  
con aquel ánimo esforzado que todos le reconocen, siguiendo las --  
puellas de los Ortodoxos y de los Atanasios; no le hubieran --  
faltado la abundancia y la solidez de la doctrina; tampoco se ha-  
ría echado de menos la facilidad de la dicción.

pero otros tiempos le cupieron en suerte. Quizás pudiera deli-  
narse el punto al que nos venimos refiriendo como la época  
de la preparación inmediata al Modernismo. Por lo menos en lo --  
que atañe a la vida de las sociedades católicas, tal parece. Con  
servando en el exterior, aun con exquélitas y repetidas decla-  
ciones, toda la adhesión debida a Jesucristo Nuestro Señor y a --  
su Vicario en la tierra; en el exterior, o mejor dicho, en la --  
realidad, aun cuando lo negasen con las palabras, se separaban --  
de ellas y pretendían socavar los cimientos de la Santa Iglesia,  
extendiendo por dondequiera esas artesa tramas, que sólo la mirada  
de aquella del Romano Pontífice ha podido descubrir.

Época, por consiguiente, de aparente tranquilidad, de sosiego  
de los espíritus, que no provenía sino de la indiferencia, del --  
menoscabo cada vez mayor hacia todo lo que se refiere a las --  
verdades religiosas, a la vida por ellas informada, ha sido la --  
que acaba de transcurrir. Y en este tráfago constante, por --  
más que cause dolor el decirlo, no ha faltado nuestra patria, en  
la cual, desde que en menudada hora apareció en su clarísimo cie-  
lo la terrible nube de la impiedad, no han sido escasas las fru-  
tas, que se son naturales, por más que, casi pudiere decirse, --  
inesperadas.

Y entre nosotros ha sido todavía mayor esta aparente tranqui-

lidad, en la época que consideramos. Sea por las condiciones de  
nuestra vida pública durante ella; sea por la índole, que ha re-  
sultado en nuestra raza; sea por ambas causas o por cualquiera --  
otra, el hecho es que en nuestra sociedad el trabajo de zapa ha-  
sido más sordo, sin ser menos activo; y se ha tratado de llevar-  
a las sociedades particulares, a la familia, al individuo, en u-  
na palabra, a todas las manifestaciones de nuestra vida, lo que  
ya en algunas de ellas se había logrado. "Con todas las fuerzas-  
y todo el artificio posibles, se procura que desaparezca el re-  
cuerdo y la noción misma de Dios," digamos otra vez con el Sumo-  
Pontífice.

En tales circunstancias, claro está que la acción del Obispo-  
debe dirigirse a todos los puntos, porque no hay uno solo que no  
sea atacado; y esto bajo todas las formas que le sea dable; de --  
tal manera que, si le es posible, defienda a las ovejas, que no-  
se han perdido, y trate de volver al aprisco las descarriadas ya  
con el aguijón del báculo pastoral, ya con el dulce tañer de la-  
zampoña pastoril, usando las palabras del señor Obispo de S. Luis  
Potosí. Tal ha sido su obra. Veámoslo.

De ellas elegiremos algunas. I I año de 1896 vió la provincia --  
eclesiástica de Méjico lo que hasta cierto punto veinticinco años no --  
contemplaba a sus Obispos congregados en concilio provincial.

"Soldados somos de la Iglesia de Jesucristo y hemos profesado  
siempre absoluta obediencia a su Jefe visible el Romano Pontífi-  
ce. A su voz habríamos marchado sin vacilar aun al más remoto, --  
pobre y peligroso Vicariato Apostólico de la China o del Japón. --  
Figuraos con cuánta alegría nos aprestaríamos a obsequiar manda-  
tos tan dulces, y a volar a una diócesi donde sabíamos éramos de  
seado, que más de una vez nos había dado grata hospitalidad, en-  
tre cuyos habitantes contamos hace años buenos y queridos ami-  
gos, de cuyos fieles nos son conocidas la piedad, gentileza y ge-  
nerosidad, cuyas frescas auras se parecen a las que respiramos --  
en los primeros años y creemos nos serán favorables aun en el pe-  
ríodo de la declinación." Con estas palabras expresaba sus senti-  
mientos el nuevo prelado de la Diócesi del Potosí, en la primera  
carta pastoral que dirigía a sus diocesanos el año de 1885 y no-  
puedo menos de llamaros la atención sobre otras palabras notabi-  
lísima que se leen en la misma carta y que tocan una de las lla-  
gas más profundas de nuestra sociedad, grave en aquel entonces, --  
gravísima en nuestros días. Me refiero, hermanos míos, a la lla-  
mada cuestión social, al desequilibrio que existe entre los bie-  
nes y aspiraciones de los que obedecen; entre los propietarios y  
los trabajadores, entre el amo y el obrero; cuestión que preocu-  
pa cada vez más a estadistas y sociólogos, para cuya solución se  
han marcado muchos caminos. Escuchad el que propone a su dióce-  
si el nuevo Pastor: "No conviene, dice, a gente seria irritar, ni  
aun por juego, los malos instintos de la inexperta juventud o de  
la plebe ignorante. Aunque por el momento se satisfaga tal o --  
cual pasión, se obtenga tal o cual venganza, el mal será, en úl-  
timo resultado, para el padre de familia que azuza a un adoles--

lidad, en la época que consideramos. Ser por las condiciones de-  
nuestra vida pública durante ellas; ser por la índole, que ha re-  
sultado en nuestra raza; ser por causas o por causas  
otras, el hecho es que en nuestra sociedad el trabajo de casa ha-  
cido más serbo, sin ser menos activo; y se ha tratado de llevar-  
a las sociedades particulares, a la familia, al individuo, en un  
na palabra, a todas las manifestaciones de nuestra vida, lo que  
ya en algunas de ellas se había logrado. "Con todas las fuerzas  
y todo el esfuerzo posibles, se procura que desaparezca el re-  
verbo y la noición misma de Dios," digamos otra vez con el sumo-  
Pontífice.

En tales circunstancias, claro está que la acción del Obispo  
debe dirigirse a todos los puntos, porque no hay uno solo que no  
sea afectado; y esto bajo todas las formas que se dan; de  
tal manera que, si lo es posible, llegando a las ovejas, que no  
se han perdido, y trata de volver al equivo las desorientadas ya  
con el espíritu del párroco pastoril, ya con el dulce tacto de la  
sagrada palabra, usando las palabras del señor Obispo de San Luis  
Potosí. Tal ha sido su obra. Vémoslo.

I I

"Solíamos ser de la Iglesia de Jesucristo y hemos profesado  
siempre absoluta obediencia a su jefe visible el Romano Pontífice.  
ce. A su voz habríamos marchado sin vacilar aun al más remoto.  
pobre y peñisoso Vicariato Apostólico de la China o del Japón.  
Figuras con cuánta alegría nos presentamos a obedecer mandas  
de tan dulces, y a volver a una diócesis donde se llama obispo  
seado, que más de una vez nos habla de la gran hospitalidad, en-  
tre cuyos habitantes contamos hace años buenos y queridos ami-  
gos, de cuyos fieles nos son conocidas la piedad, gentileza y bo-  
nidad, cuyos frentes surca se parecen a las que respiramos  
en los primeros años y creemos nos serán favorables aun en el pe-  
rrobo de la esclavitud." Con estas palabras expresaba sus senti-  
mientos el nuevo prelado de la Diócesis del Potosí, en la primera  
carta pastoral que dirige a sus diócesanos el año de 1885 y no-  
puedo menos de llamar la atención sobre otras palabras notabi-  
lísima que se leen en la misma carta y que tocan una de las lí-  
neas más profundas de nuestra sociedad, grave en aquel entonces,  
gravísima en nuestros días. Me refiero, hermanos míos, a la in-  
munda cuestión social, el desdoblamiento que existe entre los due-  
nes y aspiraciones de los que obedecen; entre los propietarios y  
los trabajadores; entre el amo y el obrero; cuestión que presen-  
ta cada vez más a estadistas y sociólogos, para cuya solución se  
han marcado muchos caminos. Recordad el que propone a un dióce-  
sa el nuevo Pastor: "No conviene, dice, a gente seria invitar a  
sua por luego, los malos instintos de la inexactitud o de  
la piedad ignorante. Aunque por el momento se establezca tal o  
cual pacto, se obtenga tal o cual ventura, el mal será, en úl-  
timo resultado, para el padre de familia que sufra a un doctores--

gente contra sus maestros; para el amo o propietario que excita-  
al pobre contra un propietario mayor o poco simpático. Las revo-  
luciones de los últimos tiempos han arrebatado el poder, la ri-  
queza de las más antiguas dinastías y de los magnates con títu-  
los más indiscutibles a la propiedad. ¿No es una locura exponer-  
se voluntariamente a perder lo que no estriba en tan fuertes ci-  
mientos? ¿No convendría que se unieran cuantos tienen autoridad  
y bienes que conservar, desde el padre de familia y el que sólo-  
manda un corto número de dependientes en una fábrica o una ha-  
cienda, hasta el alto funcionario civil, el jefe militar y el --  
Prelado eclesiástico?"

Véis cómo desde entonces la voz del Pastor indicó a las ove-  
jas dónde estaban los pastos envenenados y dónde los saludables,  
que les habían de dar el bienestar apetecido.

Pero pasemos a considerar, siquiera sea brevísimamente, aque-  
llas obras del señor Obispo de San Luis, que han tenido, por su-  
naturaleza misma, mayor extensión, puesto que si su vida ha sido  
rica en años no lo ha sido menos en ocasiones solemnes, de aque-  
llas que marcan una fecha indeleble en la vida de un pueblo.

De ellas elegiré algunas: El año de 1896 vió la provincia ---  
eclesiástica de Méjico lo que hacía ciento veinticinco años no --  
contemplaba: a sus Obispos congregados en concilio provincial.

No se contaba entre ellos el Prelado de San Luis; sin embargo,  
fué invitado para asistir como consultor y ayudar, con sus luces  
y experiencia a la solución de las graves cuestiones que se ha-  
bían de tratar. A él le fué encomendado el elogio fúnebre de los  
Obispos de la provincia mejicana fallecidos desde la celebración  
del último concilio, elogio que fué pronunciado en nuestra Igle-  
sia Metropolitana el 30 de octubre del mismo año. Entonces, her-  
manos míos, resonó nuestra Catedral con los merecidos elogios de  
aquellos varones ilustres que, durante ese período de tiempo, me-  
diata o inmediatamente habían estado unidos con ella. Juzgándo-  
los a todos en breves y atinadas palabras, decía el orador: ---  
"Tiempos azarosos ha atravesado la Iglesia Mejicana desde 1771 -  
hasta la fecha, durante largas épocas que han empezado respecti-  
vamente en 1808, 1833, 1857 y 1874. ¿Dejó por ventura de notarse  
en los actos públicos de los Prelados la misma armonía, y la mis-  
ma uniformidad, la misma unión que se manifiesta en sus relacio-  
nes privadas? Ya sea para hablar o para callar, para luchar o --  
para sufrir, para increpar o para perdonar, todos como un solo -  
hombre se movían en el mismo sentido y en la misma dirección." Y  
más adelante, dando la nota distintiva del mismo episcopado, ex-  
clamaba: "La actitud que en él ha sobresalido es el desinterés, -  
la falta absoluta de ambición, el desprecio de los honores." Muy  
alto quedó en este día el nombre de nuestro episcopado y esta --  
provincia contrajo con el señor Obispo de San Luis una deuda que  
yo me complazco en reconocer, y ojalá que con este acto pudiera-  
en cierto modo pagar.

este contra sus maestros; para el amo o propietario que explota al pobre un propietario con o poco explotado. Las revoluciones de los últimos tiempos han arrebatado el poder, la riqueza de las más antiguas dinastías y de los reyes con títulos los más indeseables a la propiedad. No es una locura exponerlos voluntariamente a perder lo que no están en las fuerzas de la naturaleza que se quieren en sus propias fuerzas y el que sólo y viene que conservar, desde el punto de familia y el que sólo manda un corto número de gobernantes en una fábrica o una hacienda, hasta el alto funcionario civil, el jefe militar y el Prelado eclesiástico.

Véase cómo desde entonces la voz del Pastor indio a las ovejas que donde estaban los pastos envueltos y donde las salidas, que las hablan de dar el bienestar, se desmorona.

Pero pasemos a considerar, al menos sea provisoriamente, estas las obras del señor Obispo de San Luis, que han tenido, por su naturaleza misma, mayor extensión, puesto que al su vida ha sido rica en años no le ha sido menos en ocasiones solennes, de aquellas que marcan una fecha indelible en la vida de un pueblo.

De ellas elegiré algunas: El año de 1896 vivió la provincia eclesiástica de Méjico lo que hasta ciento veintinueve años no contemplaba: a sus Obispos congresados en concilio provincial.

No se contaba entre ellos el Prelado de San Luis; sin embargo, fue invitado para asistir como consultor y ayudar, con sus luces y experiencia a la solución de las graves cuestiones que se habían de tratar. A él le fue encomendado el elogio fúnebre de los Obispos de la provincia mejicana fallecidos desde la separación del último concilio, elogiando que fue pronunciado en nuestra Iglesia Metropolitana el 30 de octubre del mismo año. Entonces, por un momento, recordé nuestra Catedral con los maravillosos elogios de aquellos varones ilustres que, durante ese período de tiempo, me dista o inmediatamente habían estado unidos con ella. Juzgando los a todos en breves y atinadas palabras, desde el orador: "Tiempo trascendental ha atravesado la Iglesia mejicana desde 1763 hasta la fecha, durante largos años que han empezado resplandeciente en 1808, 1857 y 1877. Dejó por ventura de notarse en los actos públicos de los Prelados la misma armonía, y la misma uniformidad, la misma unión que se manifestaba en sus relaciones privadas? Ya sea para hablar o para luchar, para luchar o para sufrir, para aceptar o para abandonar, todo como un solo hombre se movían en el mismo sentido y en la misma dirección. Y más adelante, dando la nota distintiva del mismo episcopado, exclamaba: "La actitud que en él ha adoptado es el desinterés, la falta absoluta de ambición, el desprecio de los honores." Muy esto quedó en este día el nombre de nuestro episcopado y esta provincia con el señor Obispo de San Luis una deuda que yo me complazo en reconocer, y ojalá que con este acto pudiera en cierto modo pagar.

Pero lo que no me sería posible, por más que ardientemente lo desearía, es pagar esa otra deuda, también de gratitud, que toda la América Latina ha contraído con el mismo Prelado.

!Jamás te olvidaré, 4 de julio de 1899! Paréceme mirar todavía el aula del Concilio Plenario Latino-americano vestida de luz para implorar de Dios el descanso eterno de las almas de los Obispos de la América Latina, que aun estuviesen detenidas en el fuego del Purgatorio. Presidía la imponente ceremonia un príncipe de la Iglesia, el Emmo. Cardenal Vives, cuyo nombre es tan caro para todos los latino-americanos, y celebraba de pontifical el Sr. Arzobispo de Montevideo, que ha ido a reunirse ya con sus hermanos más allá de la tumba. Asistían todos los Padres del Concilio, los consultores y demás oficiales del mismo, los alumnos del Colegio Pío-Latino-Americano y algunos representantes de nuestras Repúblicas, formando un auditorio por todo extremo selecto. Ante él, en aquella Roma de donde habían recibido nuestros Obispos su autoridad pastoral y en la clásica lengua del Lacio, pronunció su elogio fúnebre el Sr. Obispo de San Luis Potosí.

Profundo silencio reinaba en el templo y era de ver cómo se tendían los cuellos de las naves laterales para no perder una sola palabra. Entonces verdaderamente, según el texto elegido por el orador, reverdecieron los huesos de aquellos santos varones, y como que pulularon delante de nosotros, llegándonos su nombre cubierto de eterna gloria. "Enviados, nos dijo el Prelado de San Luis, como corderos entre lobos a un mundo enteramente nuevo y jamás explotado, cambiaron por completo los lobos en corderos. Modelos de mansedumbre, dechados de invicta paciencia, entrelazando la oliva de la paz con el cayado pastoral, no por la fuerza de las armas sino con el poder de la predicación, hicieron pedazos los ídolos y transformaron los bosques en ciudades, los santuarios de crueles divinidades en templos del verdadero Dios y las maldecidas aras manchadas con sangre humana en altares en que la bendita sangre de Jesucristo se derrama todos los días en místico sacrificio." Y descendió después a elogiar individualmente a no pocos de ellos. Básteme citar, ya que nos hallamos en este Santuario, algunos de los elogios del Ilmo. Sr. Zumárraga. "Injusticia y muy grande sería el pasar en silencio tus gloriosos hechos, oh Juan de Zumárraga, padre y fundador del Arzobispado de Méjico. Ya me parece que te sigo por montes y por valles, por barrancos y colinas, buscando, sin hallarlo, el martirio; buscando, y hallando las ovejas perdidas. Te admiro por ser el primero que a través del océano llevas al Nuevo Mundo desde Sevilla las prensas y tipos y el arte de imprimir. Doy gracias rendidas a la Virgen Madre de Dios, que te colmó de gracias singulárrimas, y a cuya voz echaste los cimientos del celeberrimo Santuario de Guadalupe. Me asombra el recordar cuántos colegios, cuántas escuelas para enseñar a los indios las letras y las artes liberales fundaste en brevísimo tiempo."